

MEDITACION BREVE

He pasado unos minutos
yo solo en el camposanto.

Nada en él produce espanto:
paz y silencio absolutos.

En un rincón, el osario;
en él, una calavera

que calmosa nos espera
al fin del itinerario.

En el suelo endurecido
y yermo, una fosa abierta,
como si fuera la puerta

del mundo desconocido.
Tras esa puerta ¿no hay nada?

Entonces, el pensamiento,
el valor, el sentimiento
¿son niebla de la alborada?

Camposanto lugareño.

¡Buena lección aprendida!

Soy el sueño de la vida

o soy la vida del sueño...

El sol cae. Lentamente

rezo un padrenuestro y salgo.

¡En nombre de Dios! ¿Hay algo
que no muera eternamente?

(En nombre de Dios, hay algo
que no muere eternamente...)

EUGENIO PAYO

Tropezando y cayendo

(Cuento)

A la memoria del poeta cacereño
Enrique Montánchez.



VILLAGROSA se envanece con su artístico puente sobre el Salor, que casi compite con el de Alcántara en majestad y atrevimiento, aunque de una y otro alardea con mayor razón el castillo de Alzora, elevado sobre enorme bloque de berroqueña cortado a pico por tres de sus aristas. Aún se mantienen enhiestas las gruesas paredes, aún campea el escudo señorial, esculpido en granito, mostrando los cuarteles con el estribo y la barra; todavía es magnífico el patio de honor y se muestra gallarda y altiva la torre del homenaje. Puente y castillo, sin embargo, eran desdeñados por Julián Morales ante las bellezas del jardín de la casa-palacio, situada en la calle del Duque. La casa ducal de Alzora posee extensos y ricos fundos en el término de Villagrosa, desde las dehesas recocidas de puro pasto y predios en el valle para pastos y labor, hasta los enmarañados y bravíos de la sierra, donde la encina y el alcornoque libran sorda batalla con la jara, el brezo y la madroñera. En el pueblo, varias casas muestran el escudo del linajudo y poderoso propietario, y el palacio, vetusto, gris y destartado, sirve de morada al administrador de tan pingües rentas. El jardín fué obra del duque Miguel Pedro, camarada inseparable de aquel marqués de Mora por quien lanzó tan voluptuosos suspiros *mademoiselle* de Lespinasse y a quien llamara excelente amigo d'Alembert. El duque Miguel Pedro trajo de Francia la afición a los jardines a lo Le Notre, y en una de sus temporadas de campesino plantó en Villagrosa uno, a imitación de los franceses: recortado, geométrico, bordeado de bojes, con fuentes y estatuas, a las que daban sombra álamos negros, sauces llorones, magnolias y acacias, no permitiendo vivir a más árboles frutales que a almendros y naranjos; a aquéllos, por sus risueñas flores; a éstos por su brillante y almidarado fruto.

Si hoy levantara la cabeza el alegre camarada de Mora y Aranda, viera con indignación y pena el estado del jardín: devastado, selvático, destrozadas las simétricas líneas, injuriadas y maltrechas las estatuas, alfombrados de ortigas y hierbajos los paseos y poblados con una población arbórea heterogénea aquellos cuadros sombríos de naranjos, que formaban la corte de alguna magnolia gigante,

hinchida de gallardía con su exuberante bosqueje. Pero lo que el jardín perdiera en simetría geométrica, halo ganado en poética melancolía, y su fronda espesa, sus estatuas destrozadas, sus fuentes convertidas en tenue hilo y su balsámica frescura, inundan el alma de emoción y *saudade*, y el rincón se muestra digno de ser pintado por el prodigioso pincel que inmortalizara *La isla de los Muertos*.

Así lo pensaba Julián Morales, hermano del administrador de la casa de Alzora y huésped a la sazón en el palacio, que constantemente ambulaba por el poético jardín. Era el retiro que convenia a Julián, gastado miserablemente en la vida madrileña con las disputas y conferencias del Ateneo, en el laborar vacuo entre gárrula verborrea y detonante pedantería, siempre sediento de notoriedad y ruido, siempre ansioso de aplausos, siempre postulando algún mote honroso de los hierofantes de la *cacharrería* o del saloncillo del Español. Así pasó ocho años desde que se instaló en Madrid de regreso de Bolonia, y las semillas echadas en la institución del Cardenal, la educación extranjera y el vigoroso método para el trabajo en la villa del Oso, se malograron y perdieron. Fué uno de tantos *intelectuales*, sin fe religiosa, sin fe en la raza, sin fe en el porvenir, presa de ese cáncer horrendo que se apodera de las inteligencias jóvenes y robustas, que se extiende con avidez a todos los ramos del saber sin profundizar en ninguno, para acabar por desconocer su ignorancia y ser víctima del escepticismo y la pedantería. No de otra manera, plantas nuevas y vigorosas sucumben atacadas por criptógamas y parásitos, por el vuelo lujurioso y desmedido de brotes y ramajes.

Todavía luchó Julián por su fama algún tiempo, aunque cada vez con más tibias energías, hasta que un doble fracaso acabó de diplomar sus ilusiones. Su tratado de Sociología pasó inadvertido, gracias a una «conjura de silencio», según el autor del libro, y en las oposiciones a las cátedras de Derecho Natural de Barcelona y Valladolid, no le incluyeron en terna, con notoria injusticia, al decir de varios. Se acabó. Julián Morales sintió que morían sus energías y agonizaban sus esperanzas y hombre sin fe ya ni en sí mismo, abrió las puertas al pesimismo más desolador, convirtiendo su espíritu en pozo insondable, rebosante de despecho y amargura. En tal estado de ánimo, se acordó de su hermano Juan, administrador del duque de Alzora en Villagrosa, y un día se presentó en el viejo palacio, llenando de satisfacción a sus moradores. Fué una tarde del mes de Noviembre, de ese otoño extremo que compete con la primavera, cuando Octubre ha abierto las compuertas a la lluvia y la tierra se ha hartado tras la sequía ardorosa de cuatro meses de calor abrasador y aire *solano*. Ya los árboles se han limpiado del cendal polvoriento y los de hoja no perenne la sueltan perezosamente, como anciano sus esperanzas; ya la sierra de San Pedro azulea, envuelta en ligerísima bruma rosada, cuando el sol declina hasta besar los picachos donde el águila anida; ya los campos muestran su alfombra oscura, que arrasa ansioso el ganado, mientras triscan y retozan terneros y corderillos tempranos; ya el alba irisa con más

suaves colores su falda corta de madrugadora, sorprendiendo el argentado espolvoreo de los rocíos, y los crepúsculos vespertinos son más azules, y el rojo Aldebarán pestañea más radioso, y Casiopea se muestra más majestuosa, apartándose hacia el Norte. En una tarde de esta dulce estación, la más agradable en Extremadura, Julián descendió del tren, y entregando el talón del equipaje al conductor de un cochecillo que hacía el servicio, emprendió a pie la jornada hasta Villagrosa, distante cuatro kilómetros del apeadero.

Pronto lo perdió de vista, por internarse a través de un encinar que cruzaba un camino de herradura hasta Villagrosa. ¡Campos villagrosanos de augusta soledad, de despoblación monótona, de suave piso y puro ambiente! Vosotros habréis sentido el paso artollador del hombre furioso en algún pastor despedido en algún gañán lleno de justos celos; vosotros habréis contemplado la vanidad y la soberbia en tal cual hidalguillo de lugar, vejado en la capital por la política o corrido en el pueblo por algún desaire del alcalde o del juez de paz; no os serán desconocidos el semblante de la envidia y de la codicia en el yuntero y el colono, que sufren con la lozanía de la *hoja* de su vecino y miran con ojos fulgurantes las *cuadrillas* de su padre, que ansían heredar, usurpándolas por artes viles a sus hermanos. Todos los pecados capitales, todas las miserias y las desgracias humanas, la pobreza, la enfermedad, el duelo, han hollado vuestra alfombra, han pisado vuestro polvo; pero lo que quizá no habríais visto es un espíritu de treinta años que quedara insensible al respirar el aire de su país, una frente que no se levanta para mirar al cielo de su rincón; unos ojos que vagan errabundos sin contemplar la encina bronca y recia, la coguta graciosa que patina de lado a lado del camino, la lagartija verde que se solea sobre piedra rodadiza; no habíais acaso comprendido a un hombre que no siente, que se le recalientan las entrañas al ver al cabo de dilatada ausencia la torre de la iglesia donde la bautizaron. Allá va el filósofo jurisconsulto, comentador de Spencer y Nietzsche, secuaz de Ferri y Cimbali, frío y seco como sarmiento de vid en la leñera; en nada cree, nada aguarda y nada le indigna. No es un galeote en la nave social, no le han encorvado las espaldas los huracanes de la vida, no se ha batido contra la tiranía, ni la miseria: en el simulacro de sus maniobras ha perdido la fe, y es tan inútil como artillero mutilado en el campo de tiro. Le ha mordido la envidia en el Ateneo, en la Prensa y en las oposiciones, y la deducción que hace es que sólo la iniquidad existe.

Por eso no repara ni le alegra el paisaje, por eso apenas si corresponde a los efusivos abrazos de su hermano y de su cuñada, radiantes de júbilo; por eso, cuando se presenta Amparo, hermana de su cuñada, y oye decir al bondadoso Juan: «Aquí donde le veis, es un sabio», Julián contesta con la más despreciativa sonrisa: «Soy un fracasado».

II

Juan Morales vivía felizmente, sin otra nubecilla en el cielo de su dicha, que la falta de sucesión. Al cabo de catorce años de matri-

monio se había resignado, y su cariño lo compartían Manuela, su mujer, y Julián, su hermano. Vivía enamorado de la primera como el día que les echaron las bendiciones, y aunque ella había embastecido perdiendo gracia el talle, morbidez las formas y gentileza la persona, todavía conservaba frescura en su carita añorada y morena, que embellecían unos ojos negros, de mimosa y tierna expresión, y una boca chiquita y roja, de gracioso juego. Era una mujer sencilla, hacendosa y buena, digna del honrado varón que la hiciera su consorte, sin más afanes que los caseros, y sin otros gustos que los de su marido, a quien adoraba. Reflejo de tal amor era el afecto que sentía por Julián, aquel cuñado a quien apenas tratara, pero del que oía de continuo estupendas alabanzas, a quien ella tenía por infalible, a Juan. El dichoso matrimonio vivía saboreando dulcemente su tranquila felicidad, recamada con el bienestar de una más que desahogada fortuna, cuando, en Cáceres, falleció el padre de Manuela, dejando desvalida a otra hija de dieciséis años, llamada Amparo, por quien sentía la hermana casada el mismo cariño apasionado que su marido por Julián.

Si Juan hablaba del talentazo inmenso, de la cultura extraordinaria y de la hermosa palabra del ateneísta, Manuela equiparaba tales cualidades a la belleza, discreción y habilidad de su hermana, acabando por reconocer y confesar con sincera modestia, que los solteros valían mucho más que los casados. Y confundían el recíproco afecto que cada cual sentía por su hermano, hasta el punto de que ninguna mujer podía competir con Amparo, según Juan, ni ningún joven con Julián, según Manuela. Cuando murió el suegro, el honrado administrador de la casa de Alzora y médico titular de Villagrosa, tuvo viva satisfacción en recoger a la cuñada huérfana, para la que fué, más que tutor o hermano, un padre. Y ¡vive Dios!, que la muchacha se merecía tan tierno afecto.

Igual de carácter, y éste dulce, bella de cuerpo y de alma, algo soñadora, discreta y de graciosos y elegantes movimientos, Amparo se apoderó por completo de sus hermanos y bien pronto fué el alma de la casa; la avecilla que la alegraba con sus cantos y sus risas, hada linda y gentil del viejo palacio, que parecía remozado y contento con aquella brisa de lozana juventud que, encarnada en Amparo, se colora por el claveteado postigo.

Los muchachos de Villagrosa siguieron ojo avizor la sazón de tan hermoso capullo; pero hoy este abogado, ayer aquel hidalguelo, y antes esotro rentista, calabaceados con discreta finura, convencieron a la pollería villagrosana, que no sería de aquella generación y tierra el tirano que rindiera a la linda cuñada del administrador del duque. Tacháronla de presumida y orgullosa, y pronto un despechado dió con el mote inevitable: la *Duquesita*. Ella, sin embargo, no se enfadó con nadie; siguió tratando de la misma manera a las gentes, aunque siempre retraída y ajena al chismorreo local, y sus días corrían en dulce placidez entre sus flores de la azotea, sus palomas pintadas y su Erard de cola, en la envidiable despreocupación del porvenir de quien es feliz en el presente y no le amargan

los recuerdos del pasado. Cuando cumplió los dieciocho años le dijo Juan:—Niñita, ya hay que ir pensando en casarte.

—¿Se va haciendo la carga pesada?

—Al contrario; con tus zalamerías y mimos te has convertido en una necesidad para nosotros. Pero la vida... es la vida. Tu hermana o yo podemos faltar..., y luego, cuando se llega a cierta edad...

—No soy tan vieja, cuñado. Hasta los veintidós no se casó Manuela contigo; y si del cielo ha de bajar la boda, hay que esperar a que caiga.

—Al que le cae el premio gordo es a quien te conquiste.

—Calla, adulator... —El ave se sentía implume, aunque tenía alas; el día que se revistiera ya volaría para formar su nido en cuanto oyera los primeros trinos de quien la enamorara.

El tiempo corría viendo impasible la dicha de los moradores del palacio de Alzora, cuando inopinadamente se presentó Julián; y no el Julián estudiante, de crespos cabellos, peinados cuidadosamente, de ojos castaños, húmedos y risueños y barbilla recortada, de gracia femenil, sino un mocetón recio y de cuadradas espaldas, con el cabello hirsuto, sembrado de algunas cañas, de ojos mortecinos y tristonos, la boca con un constante mohín desdeñoso, acentuado por las guías del bigote levantadas y las mejillas cubiertas de barba fuerte acabada en punta. Al cabo de once años se había transformado de manera que Amparo no le hubiera conocido, y a Manuela le parecía fuera aquél el adolescente a quien besó en la tarde de su boda después de la ceremonia nupcial. Pronto supieron que el trabajo, las batallas de su vida y el amargor de los desengaños le habían envejecido, aunque conservara fuertes sus miembros y cierta belleza, de melacólica dureza en las facciones. En seguida comunicó su plan a la familia. Si era un vencido, no estaba aniquilado; iría a orear su alma y su cuerpo, a cobrar energías para entrar nuevamente en pelea, y en las soledades a que se condenaría buscaría inspiración para escribir una nueva obra fragorosa, de ruido, que ensordeciera al *katipunam* madrileño y obligara a rendirse ante el talento del que creían gozquezuelo y tenía garras de león.

Y dicho y hecho, en cuanto llegaron los libros se encerró en su cuarto, despreció los hábitos y a las gentes de Villagrosa, y fuera de las horas de paseo, que daba con su hermano por las tardes, no vivía sino en su pensamiento, siendo un extraño en la casa y para la familia. Pero ¡ay!, no es lo mismo concebir que ejecutar, sobre todo cuando se edifica sobre la base de lo ideológico e imaginativo. Unas veces había que romper las cuartillas porque lo escrito no correspondía al vigor o a la belleza de lo pensado; otras, la inspiración huía, ante la pluma y el papel, dejando retorcerse en la impotencia al pobre autor, que, desesperado y trémulo, abandonaba el despacho para saborear sus hieles en el abandonado jardín. Allí se le calchaba la excitación. El aire húmedo y cargado de aromas tonificaba sus nervios deprimidos; la vista se estrellaba en los bloques de arbustos, que mostraban todos los tonos del color verde, desde el ceniza de algún olivo al azulado del eucalipto, el bronceado de las

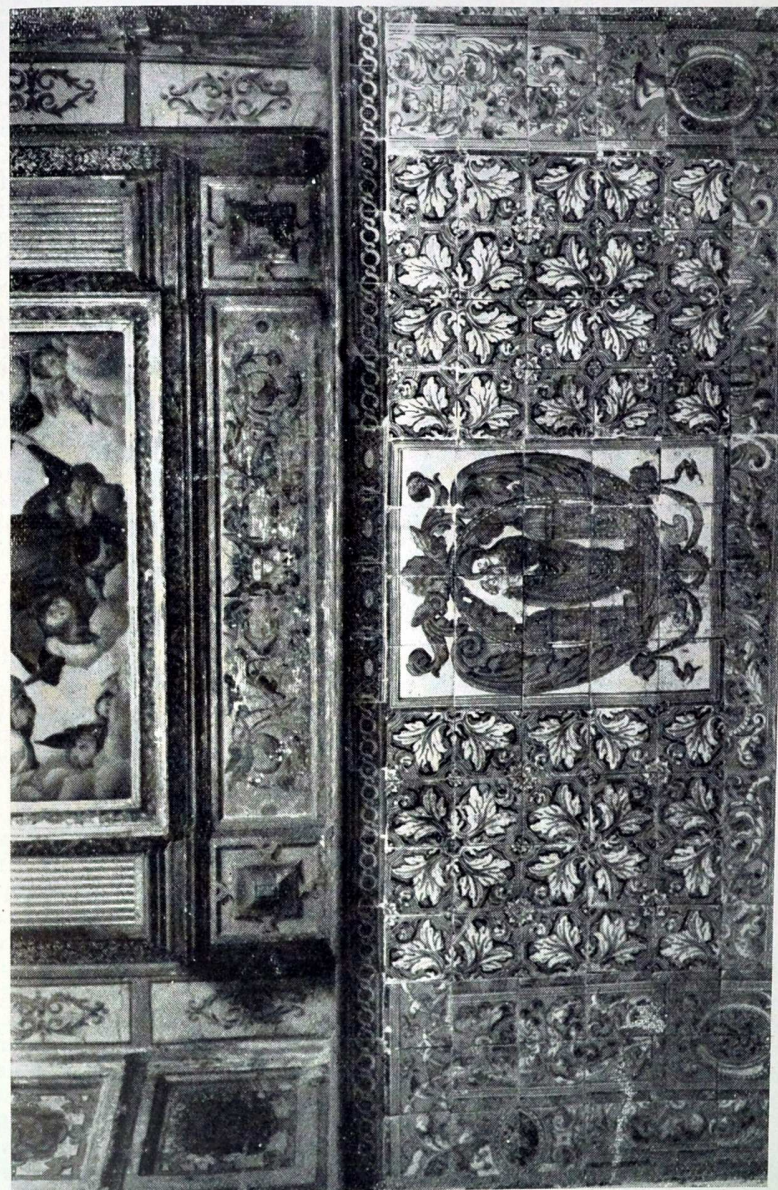
magnolias y naranjos, el esmeraldino de las acacias, el intenso de las ortigas y hierbas y el amarillento de los llorones.

Todo verde, el color de la esperanza—pensaba el mozo abatido—, y bien pronto, reaccionando sobre su debilidad la fantasía, con fuerza plasmadora trazaba el castillo ideal de su gloria. Se veía ensalzado aclamado; su obra era un monumento de saber, una filigrana de estilo, una antorcha para el pensamiento moderno, que podría sondear en esos fondos del océano de la conciencia social como *totum*, como macrocosmos psíquico, y el fenómeno intermental y superorgánico y el de la interespiritualización serían para el sociólogo del porvenir, después de Julián Morales, lo que es el paso de un cometa para los astrónomos de hoy, después de Galileo, Kepler y Newton. Su obra le sería más cara que a la madre el hijo concebido en el primer abrazo en el que las fuentes de la vida corren a fuerza de dolores; sería el obelisco de un genio a su tiempo, a su raza y a su patria; y él, como mayor premio, pronunciaría muy quedo y con acento de unción, para que su conciencia lo grabara, y nunca lo olvidase el grito de triunfo de todos los grandes creadores: *non omnis moriar*; no moriré del todo.

Y con la visión fulgurante de su ideal, Julián Morales vagaba por el jardín del duque Miguel Pedro con la vista centelleante, entrecerrada la boca, que jadeaba ansiosa, erguido el pecho, como triunfador que al cabo impera, alta la cabeza con la frente herida por el rayo divino de la gloria, que le envolvía embelleciéndole, haciéndole rey y señor en la calma augusta del jardín, adornado con notas y colores, con líneas y juegos de luz puestos de propósito para él por la madre Naturaleza. Rumor de brisa en la fronda, trinos y gorjeos de los pájaros, radiación cabrilleante de superficies, matices de la gama del color, árboles y flores, fuentes y estatuas, todo sonreía ante el vidente de su propia dicha, quien no reparaba en un visillo levantado, denunciador de espionaje femenino.

III

Para la *Duquesita* no fué al principio un acontecimiento la llegada de Julián, porque el ateneísta apenas si hizo caso de la muchacha. Trastornado por su doloroso despecho, ansioso del desquite y sin otro afán que su idea, Julián Morales no reparó en la gracia y en la gentileza triunfadora de Amparo. No se le ocurrió oírle tocar el piano ni examinar sus labores de bordado y malla, en las que era profesora, y en las tertulias de sobremesa con la familia no hablaba sino de sí mismo. Amparo callaba, y contagiada del furor de admiración de su cuñado y su hermana, que oían embobados a Julián, la chica sentía honda simpatía por aquel arrogante mozo, que, con mirada centelleante y ademán irreprochable, acentuaba sus relatos y proyectos formulados con cálida elocuencia. Oírle contar cómo en él las ideas maduraban, se transformaban y tomaban carne y sangre cual la empolladura al tibio contacto del ave en el nido; escucharle expresar, con vehemencia de convencido, con unción de apóstol, la confianza que tenía en vencer la iniquidad artera de sus



ALBUM EXTREMEÑO.—Trujillo: Capilla frontal de azulejos; del antiguo Ayuntamiento. (Siglo XVI). Foto Mas

envidiosos cofrades; verle siempre ardoroso hablar de sus sentimientos, ocultos, como perlas entre valvas, por miedo a que la ruindad ajena los ajase o hiriese, era un encanto para la linda muchacha, cuyos ojazos claros y serenos, como los del madrigal famoso, miraban dulce y fijamente al orador, ofreciéndole el alma. No se daba cuenta de que estaba enamorada de Julián, al que creía muy superior y digno de mujer de más valía que una provinciana, cuando llegó hasta ella el rumor, corriente en el pueblo, de que eran novios. Púsose roja primero, pálida hasta la lividez en seguida, y cuando, para ocultar la emoción, se encerró en su cuarto, quedose en el centro inmóvil, fruncido el entrecejo y cruzados los brazos sin pensar, ni respirar apenas, hasta que un suspiro desprendido de lo más íntimo de su pecho la arrancó de la parálisis y conoció que quería a Julián con toda su alma. Quedamente, cual si temiese ser sorprendida, acercóse a la ventana que daba al jardín, y desviando levemente el visillo vió a Julián en uno de los espasmos que le causaban sus visiones de gloria. Era otro hombre. Sus ojos castaños estaban dulcificados y miraban con tierna y extática expresión; la boca entreabierta sonreía con afable mohín, harto distinto del desdeñoso que la replegaba con singular dureza; alta la frente, como abarcando y dominando cuanto le rodeaba, mostrábase hermoso y radiante en su ensueño de victoria.

La *Duquesita* advirtió desde su atalaya que estaba sometida, que sería una esclava de aquel soñador elocuente, y azorada con la duda de cuál sería el pensamiento que le transformaba y embellecía, sentía rabiosos impulsos de bajar y decirle: — Mira, bobete, déjate de quimeras profundas y enrevesadas, apártate de ese ansia loca que te domina y consume, desconfía de esos pensamientos que te embelesan. Lo bueno en este mundo lo hermoso en esta vida, es amarse; que un hombre como tú quiera, a una muchacha como yo, que te comprende sin entenderte, pero que te ofrece las mieles de un corazón que a nadie ha pertenecido.

¡Qué lástima no poder decirle eso o cosa parecida y que del arrobamiento de las ideas cayese en el arrobamiento del amor por ella! Pero además de las conveniencias y de la dignidad, Julián vivía en otro mundo y acaso no la comprendiese. Nunca le había oído hablar de mujeres, sin escucharle sentencias muy sospechosas y emplear con despectivo tono los adjetivos «femenil» y «mujeril». No había sino callar y esperar. Nada sirve tan bien como lo imprevisto y la casualidad, como la fortuna, acuden a su capricho, no cuando se las llama. Pero, ¡ay!, ya el hada gentil del palacio de Alzora no veía transcurrir en plácida tranquilidad el tiempo cuidando flores y tocando sonatas.

El gusanillo del amor creció y creció, agitando y destruyendo la dulce monotonía de la vida de Amparo, en la que era la más importante tarea acechar tras un visillo lo que pasaba en el jardín. Nunca le agradó éste por el estado de abandono en que estaba. Sentía tristeza y opresión a la vista de aquella dejadez, que había deshecho los cuadros, dábale hasta miedo aquella umbría lujuriosa y devasta-

dora que reinaba en todos los ámbitos y cuya soledad le recordaba, sin saber por qué, algo fúnebre y de camposanto. Mas desde que Julián lo había declarado lugar de su predilección, sentía viva curiosidad por recorrerlo, no atreviéndose a intentarlo por temor a un encuentro, que la turbaría delatándola. Esperó ocasión propicia y se la ofreció una excursión que hicieron los dos hermanos a una de las varias fincas del duque.

Salieron por la mañana llevando merienda, y no pensaban regresar hasta el anochecer. No bien levantaron los manteles, mientras Manuela se ocupaba en los quehaceres ordinarios, Amparo bajó al jardín, y, con pie inseguro, traspuso el dintel separando una cancelita. Mediaba abril, y la primavera era cálida y húmeda. Una enorme florescencia campeaba doquiera, reinando los almendros cuajados de flores blancas y rosáceas, que se destacaban vigorosamente entre el verde oscuro de las magnolias y el menos severo de los naranjos. Allí trepaba la yedra, aquí retoñaban las enredaderas, más lejos rosales selváticos mostraban capullos gigantes, y en el último confín del paseo central, una grandiosa acacia exhibía sus albas flores como borlas de seda. La savia subía rompiendo yemas y empujando brotes; el aire embalsamado enervaba los sentidos; la tierra, fecundada por las lluvias, alentaba vida, y el sol, radioso y espléndido, sonreía, y ante su sonrisa las flores entreabrían sus corolas, los brotes sus embriones, los árboles se esponjaban y los pájaros cuchicheaban con píos y gorjeos de retozo. Andando, andando, llegó al rincón predilecto de Julián. Era entre dos enormes sauces, junto a una fuente con pilón de piedra, y en el centro un silfo pretendía contemplar su faz mutilada en el agua verdosa y sin transparencia. Había un poyo de granito, y allí se sentó Amparo, con el pecho anheloso y el corazón oprimido. Acometía la extraña tristeza en aquel lugar sombrío, rodeado de naranjos, entre los que elevaba su penacho un eucalipto. El feo silfo, la fuente verdinegra, la luz muy cernida a través de tanto follaje, el contraste con otros espacios del jardín florecidos y risueños, la idea de que iba a buscar amor y encontraba penumbra y melancolía, todo ello fué causa de que un acceso de pena la acometiera.

No me querrá—pensaba—, y eso leía en aquel sitio, el único tético del jardín, bueno para retiro de un misántropo roído por el tedio, pero atrocemente lóbrego para un corazón femenino de veinte años, arrastrado por la nostalgia del amor. Amparo se levantaba del poyo con los ojos preñados de lágrimas y el alma llena de tristeza, cuando vio a Julián, que avanzaba a largos pasos por una calle que desembocaba en la fuente. Sobrecogióse de espanto la muchacha, como ladrón sorprendido «in fraganti», y más se aterrara si conociese el estado de ánimo en que venía el ateneísta.

Durante la excursión por la finca había preguntado el mayor al administrador, con la llaneza que permite la sencillez del trato en la región extremeña:—¿Cuándo nos da un buen día el señorito?— Y señaló al forastero.

—¿Cómo?—contestó el aludido.

—Que cuándo es la boda con la señorita Amparo... Entre los de casa no se habla de otro asunto.

—No hay nada por ahora—terció Juan.

Pero, ¿de dónde ha salido tal enredo?—preguntaba Julián más tarde a su hermano.

Y éste, conocedor del medio, le explicaba la génesis probable en alguna conjetura de cualquier desocupado, después el juzgarlo fácil, más tarde darlo por seguro y al cabo esparcirse el rumor inatajable de que era cosa hecha y concluida. Y por mi parte—añadió Juan—y por la de mi mujer lo veríamos con la mayor satisfacción.

—¿Lo dices de veras?

—Tan de veras, que es nuestra conversación diaria. Mi cuñada es la mujer que te conviene por todos estilos. Linda como un lucero, graciosa como una alondra y buena como un ángel, parece hecha ni de molde para templar tus ansias de felicidad. Esa niña, que te adora ciegamente...

—Juanillo, tú sueñas o yo estoy en Belén.

—Ya lo creo que lo estás, porque, si no, te hubiera subyugado el esfuerzo adorable de esa criatura para no mostrar más ostensiblemente el amor hacia ti, que le rebosa por todo su ser.

—Eso es cosa vuestra, combinación tuya y de Manuela, que en vuestro cariño para nosotros habéis forjado tan linda trama.

—No seas necio—le interrumpió Juan con viveza—. Todos los sabios sois tontos en las cosas de la vida, en lo importante en este mundo sublunar, que no miráis, por contemplar y romperos la cabeza con los problemas que lleváis en vuestros cerebros. A Manuela y a mí nos habíais de pedir de rodillas a Amparo, y te la negaríamos, yo con más calor, si la muchacha no te quería espontáneamente. Para nosotros, matrimonio sin hijos, esa niña es el compendio de nuestra dicha y la cifra de nuestras ilusiones. Y como la hemos sorprendido en sus incertidumbres y en sus ensueños de amor por ti, antes de que ella se haya dado cuenta de la naturaleza de sus sentimientos, y luego en plena batalla consigo misma, por ser ella lo que es para nosotros y por haber puesto sus ojos y su cariño en ti, nos hemos regocijado y hemos levantado, no un castillo en el aire, sino el alcázar de vuestra dicha. Ahí tienes la estratagema.

—Pues mira, Juan—repuso el madrileño gravemente—, aun dando por bueno y exacto tu relato y examinándolo con criterio *sublunar*, esa unión que soñáis es imposible. Mis esperanzas, mis ideas, mi afán de toda la vida...

—¡Pataratas!—interrumpió vehementemente el mayor—. Ya sé, ya sé esa historia de las vocaciones irresistibles, de los ideales alados que se ciernen en... en el demonio. Tu afán y tu... todo debe ser la paz, la dicha, el amor. Ello se te ofrece en una mujer hermosa, discreta y rica, que te quiere con la energía de un alma virgen; tómalo, y en paz. Lo demás es música, música...

—Muy bien. Eres dueño de calificar mis esperanzas, puesto que no las comprendes, ni, por lo visto, a mí tampoco. Pero eso que llamas con tan vivo desprecio *música*, es lo que amo, lo que consi-

dero nervio de mis nervios, sangre de mi sangre; y eso, a lo que he de sacrificar mi vida, si es preciso, no lo voy a poner a los pies de una muchacha bonita de Villagrosa, que quizá me quiera como supones, pero que puede ser un acometimiento no excepcional de... otra cosa en su vida tediosa de pueblo.

—Mira, Julián: enhorabuena que como buen sabio seas un mentecato en lo práctico de la realidad; perfectamente que si Amparo no te impresiona, seas indiferente para los sentimientos de la chiquilla; pase, aunque sea con dolor mío, que tengas el bien al alcance de tu mano y por soberbia y necedad lo desprecies; pero te ruego que tus hipótesis y juicios sobre mi cuñada sean nobles y de caballeros...

—Basta— le interrumpió Julián, lívido el semblante y con la boca seca—. Yo estoy aquí de más...

—No es eso...

—Aguarda. Yo estoy aquí de más porque he venido a perturbar, con inconsciencia, de que no tengo por qué sonrojarme, la vida de tu cuñada, a quien tan ciegameamente quieres. Por esa niña, hacia la que no siento amor, ni cosa que se le parezca; por la tranquilidad de tu casa y por la subsistencia de nuestro cariño, yo me voy. Mañana, en el tren de la madrugada, salgo para Madrid...—Y ni porfías ni explicaciones le hicieron desistir de su propósito, que sostuvo tan aferradamente, que Juan, amostazado y mohino, le mandó a paseo y le dejó en plena libertad de emprender el viaje.

Salió Julián de la finca camino de la villa poseído de iracundia sañuda contra Villagrosa y sus habitantes, y en especial contra Amparo, que se le antojaba un monstruo de presunción. Sin duda se había figurado que él, filósofo y pensador, orador y ateneísta, debía caer a sus plantas *ferido de punta de amores*, siendo ambos protagonistas de ridícula novela, según las imagina el romanticismo trasnochado y cursi de una fantasía femenil, educada en un villorrio. ¡Estaba fresca la niñita! Que cargara con tal prodigio algún hidalgo del contorno; no era anzuelo lo suficientemente cebado para un enamorado de la Ciencia, que tenía que librar descomunal batalla con una falange de envidiosos y triunfar a toda costa.

Con tales pensamientos llegó a Villagrosa, atravesó el ancho portalón del palacio y por el pasadizo se coló al jardín antes de subir a hacer la maleta. Los pulmones se le ensancharon al respirar el ambiente balsámico, y experimentó repentino bienestar. Avanzó hacia el paseo central, y a través de los ramos de las acacias, junto a su sitio favorito, vió a Amparo desasosegada y trémula, contraída la boca por forzada y anhelosa sonrisa. Julián la miró, como si la muchacha hubiera sido una boa o un cocodrilo espantable, y estuvo para retroceder sobresaltado, cuando con voz, tenuemente velada por la emoción, le dijo Amparo, rompiendo un silencio embarazoso:

—¿Cómo de vuelta?

IV

La joven advirtió que Julián la contemplaba con extraña curiosidad.

dad, que la miraba como nunca hasta entonces, cual si se le mostrara en un aspecto para él desconocido. Súbitamente enrojeció hasta la raíz del cabello, y en zozobra, que la asfixiaba, a duras penas pudo balbucir nuevamente la salvadora pregunta:

—¿Cómo de vuelta?

—Psch. Me aburría en el campo, sentía la nostalgia de pensar aquí... —Iba a decirle que también venía a despedirse de aquellos lugares; pero accediendo al demonio de la curiosidad y al péfido deseo de sondar la supuesta herida del alma de la muchacha, exclamó de pronto: —Y tú, ¿qué haces en estos sitios?

Amparo volvió a enrojecer, estremeciéndose como rosa abierta al sentir el primer efluvio de la tempestad, y su boca hechicera fingió humorístico tono al murmurar con más calor que quisiera: —Yo, soñar.

—¡Hola, hola! ¿Y es el mal agudo?

—No hay mal, hombre de Dios. Aquí todo invita a soñar bien —repuso dominando su emoción—. A no ser que tú, que tanto paseas y recorres el jardín, fantasees males...— Julián supuso que Amparo se había puesto sobre aviso; y gozándose en darla un desencanto, si se figuraba que el sitio y la ocasión eran los adecuados para una declaración de amor, le dijo con sutil ironía: En este jardín, como en todos los del mundo, cada cual ve y encuentra las flores que su propia alma produce. Es decir, que el espectáculo está dentro del espectador. Yo en él he paladeado el amargor de mis desengaños, y entonces la melancolía del sitio se ha amoldado a mis pesares. También aquí he forjado mis esperanzas, basadas en el libro que estoy concluyendo; y cuando he abierto mi espíritu a la ilusión de un porvenir tan dulce como agrio ha sido el pasado, el jardín me ha parecido un Edén. Desde las estatuas y fuentes hasta los árboles y hierbajos todo me ha sonreído. Ahora me voy a marchar, y en la tristeza de toda despedida y en el regocijo de la variación que promete cualquier viaje, el jardín me ofrece la misma complejidad de emoción: melancolía en su augusta tranquilidad, alegría en su brisa y en su verdor.

—¿Pero te vas?— repuso Amparo, que sólo recogió la idea de la marcha.

—Mañana, en el tren de la madrugada.

—¿Y así, de repente?

—Lo tenía resuelto hace tiempo; pero no he querido anunciarlo antes por evitar el que lo recordáramos.

—Es decir, que te has aburrido hasta hacérsete esto insoportable, y te vas, ansiando perdernos de vista... ¡Qué ingrato!

Había tal convicción era tan sincero el grito de la muchacha, que Julián se persuadió de la verdad del relato que le había hecho su hermano. Aquella mujer le amaba. ¡Y qué hermosa estaba en su dolorosa sorpresa! Levemente encorvado el busto opulento sobre el talle gentil, entreabierta la boca, fresca y roja como guinda temprana; los ojos, de azul claro, mal velados por una lágrima, donde la luz se quebraba en un punto de plata en la ancha pupila, que mira-

ba con afanosa dulzura, el pelo abundoso, de un rubio claro, que formaba áureo casquete, y vestida con falda oscura y blusa color heliotropo, resultaba una figura de luminosa belleza, más seductora y atractiva, porque su actitud era suplicante y de súplica conmovedora. Tarde ya debía volver Julián a verla en su imaginación en el fulgor de aquel atardecer sereno y radioso, considerando que se le había ofrecido en la fiebre de un cariño tímido y apasionado, como aquel que, en patética locura, lanzara a Ofelia del verde sauce al tranquilo remanso donde pereciera. La impresión de hechizo era tan poderosa, que el joven templó su ironía y repuso naturalmente:

—Ingrato, no. A Juan se lo decía refutando parecido argumento. A cada uno otorgo adecuada correspondencia en consideración y cariño; sólo que el mío no es tiránico y egoísta como el de mi hermano, que pretende, por encima de todo, que renuncie a mi empresa... No; yo os quiero mucho; pero me voy a lo que de un modo imperioso me llama.

—Pues si tu hermano no te ha convencido, yo... mucho menos te convencería—susurró tristemente Amparo—; que si algún influjo tuviera sobre ti te rogaría te quedaras.

—No puede ser; lo exige mi vocación, mi destino...

—Para que te den ese pago: con iniquidades y con traiciones.

¡Oh, poder del amor propio! El frío mozo que, por estúpida aberración, se gozaba en aquellos instantes en mortificar a una niña adorable, sin que le conmovieran su belleza luminosa y su emoción seductora, sintió súbito enternecimiento al oír fulminados por tan lindos labios los juicios y dicerios que él a diario escupía; pero ciego en su obsesión de gloria, en llegar a la meta, con inconsciencia cruel pisoteó el corazón, que tan delicadamente se le ofrecía, y el egoísmo dictó a Julián estas palabras, que serían su perpetuo remordimiento:

—Es posible que mi sino sea recoger amarguras y cosechar desengaños de canallas y envidiosos; pero mi camino está trazado: voy a la lucha por la Ciencia y tengo, tengo que seguir... Tú, en cambio, tienes tu destino en casarte, y yo te lo aconsejo, con alguno de estos muchachos, que los habrá dignos de ti... —Y el pedante no reparó en la lividez de Amparo, que retorció sus manos ante aquel garrote vil de sus ilusiones, mientras se erguía mirando con espantados ojos el paseo adelante, como si huyera por él algo que se le escapaba de muy adentro. Cruzó los brazos sobre el pecho, de hombro a hombro, como si se entregara al sacrificio, y con sonrisa, que a otro hubiera hecho llorar, dijo a Julián, mientras volvía el rostro, donde pugnaban los músculos por contener lágrimas y sollozos:—Si te vas de madrugada habrá que prepararte merienda... —Y salió con paso rápido que acabó en carrera bien pronto, hasta que llegó a su cuarto. Tiróse sobre la cama, hundió la cara en la almohada y tras un sollozo bronco y hondísimo, su pena se desfogó en llanto manso, como fuente riquísima que parece no ha de agotarse.

Julián quedóse sorprendido ante la brusca partida de Amparo, hasta que se dió cuenta cabal de sus palabras, que le parecieron al-

go impertinentes y poco piadosas. ¡Bah!—pensaba en seguida—. Yo me voy y pronto le pasaré,—y trató de evocar su ensueño de gloria, de aquella gloria tantas veces entrevista en el poético jardín; pero en vano. Sería porque lo oblicuo del sol, lamiendo ya la cresta de la sierra, privara al ameno sitio de aquella impresión de vida intensa y venturosa, que parecía el conjuro para experimentar la dichosa introspección de triunfo, que transfiguraba a Julián; acaso aquel languidecer de colores y oscurecer siluetas más bien trajera remembranzas e impresiones lóbregas, como los tonos sombríos que imperaban entre las copas de las magnolias y naranjos; tal vez por ese dejo saudoso y melancólico, a que el joven se refería en su conversación con Amparo, que parece aparejado a toda despedida, Julián no lograba plasmar su triunfo y sentirse herido por el rayo de la gloria. Ahora flores y plantas, auras y ecos, en aquella invasión de lobreguez y sopor, no cantaban al ateneísta el himno de la victoria, ni esculpían en su conciencia el grito magnífico de los grandes creadores. Todo parecía decirle con odio concentrado: ¡estúpido, necio!

V

El salón de conferencias estaba rebosante y un zumbido continuo de colmena ensordecía en la planta baja del Congreso. En el despacho del presidente conferenciaban los primates de mayoría y minorías acerca de un grave conflicto parlamentario; de esos conflictos de que el país se burla, porque saben que siempre terminan en obra de repostería, pero que pueden ocasionar cambios de Gobierno y nuevo reparto de prebendas, y la gente política de oficio comentaba impaciente el probable resultado del conciliábulo.

Aislado y triste, consumido en una dilatada espera y temeroso de un fracaso, Julián Morales aguardaba en un ángulo del pasillo más apartado a un su amigo, director general y abogado intonso, en gran predicamento con el Gobierno. El personaje se había encargado de la ardua tarea de convencer al ministro de Instrucción Pública que nombrara a Julián catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Salamanca, para cuyo puesto había sido colocado en el primer lugar de la terna un botarate con influencias irresistibles para el Tribunal calificador.

Julián quemaba el último cartucho en la entrevista del ministro y del director general, que tenía lugar en el banco azul, mientras un diputado, a quien nadie escuchaba, soltaba un imponente discurso sobre un capítulo del presupuesto. Al cabo apareció el director, un mozalbete de treinta y dos años y bigote ensortijado, embutido en flamante levita de irreprochable corte. Echóse a la nuca la brillante chistera al llegar junto a Julián, metióse ambas manos en el bolsillo del pantalón y con breve acento articuló, en voz baja:—Pleito perdido... Firmó esta mañana y en seguida se correrán las órdenes.—Aunque Julián esperaba tal desenlace sintió que una ola de desaliento le invadía y con amargura intensa prorrumpió:—¡Cuánto canalla!

—Dice—añadió el fulano de la levita—que está convencido de tus méritos, que mereces, no una, sino diez cátedras y... que patatín y patatán; pero que ese Quílez ha cumplido y todo Madrid se le ha echado encima... En fin, que si quieres una cruz chica de Alfonso XII, en compensación...

—Dile que se la cuelgue en las narices. ¡Una cruz... chica! Grande la quisiera para crucificarle con los del Tribunal...

—Cree, chico, que yo no he podido hacer más. Le he soltado hasta la nuera de don Basilio, que es capaz de sacarle los redaños al caballo de bronce.. —Julián agradeció servicios y protestas y con el alma chorreando veneno salió del Congreso. Anduvo sin darse cuenta un buen espacio hasta que se encontró junto a la fuente de la Cibeles.

Caía la tarde, después de un día magnífico de primavera; la gente abandonaba los paseos. Enorme concurrencia confluía de Recoletos y del Retiro, y en todos los semblantes se retrataba la misma expresión de bienestar y contento. Automóviles y coches con sus viajeros vestidos elegantemente, que miraban con mal disimulado empaque a los transeúntes de a pie, orgullosos y satisfechos de su paso en vehículo charolado o trepidante; paseantes de todas edades, clases y condiciones revelaban a las miradas de Julián la placidez de espíritu del que tiene resuelto su problema y no piensa, sino en gozar de una tarde tibia, contemplando un conjunto de gentes ataviadas y dichasas. Hasta los viandantes, que se movían por obligación, como criados, recaderos, modistas, escribientes, vendedores..., todos exhibían una cara tranquila y complacida en aquel anochecer dulce y sereno, mientras la vida de la gran urbe, de la voluptuosa Babilonia española, ambulaba y corría invitando al placer, al goce de la existencia, en el río de las sensaciones, que desfilan en teatros y toros, galas y trenes, amor y vino, arte y poder. Julián se consideró solo entre aquella muchedumbre satisfecha, y comprendió todo el egoísmo que encierra el hombre incapaz de sentir el bofetón que supone toda injusticia, si no le hiere directamente o le entra por los ojos de la cara revolviéndole el estómago. ¡Y hay tantas injusticias por ahí que no agitan y soliviantan a nadie!

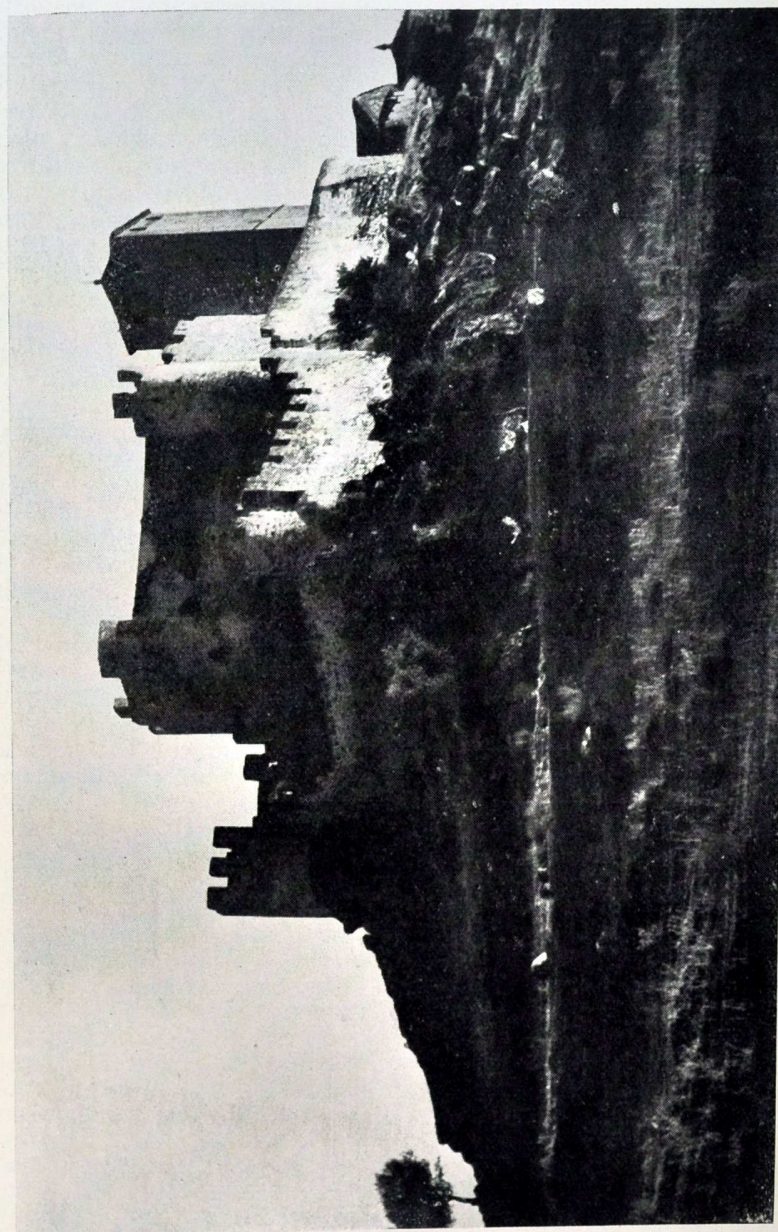
Sacóle de su abstracción un desconocido:—Enhorabuena, querido. Ya sé que un ejercicio...—Julián le interrumpió refiriéndole la iniquidad del nombramiento de Quílez.

—¡Qué canario! Las cosas de este país, el favor y tal... Pero usted llegará..., llegará...; no desanimarse.

Más tarde, le consolaba, diciéndole:—El ministro es así, le conozco. Por sus amigos hasta el infierno, y luego, ¡es tan fresco! No vuelva usted a meterse en oposiciones... ¡En este país...!

A la puerta del café le animaba un tercero:—Créame; en lo sucesivo haga usted los ejercicios en la tertulia de un personaje, y si éste le pone el visto bueno... bien, al Tribunal; si no, nada, quietecito.

Julián estaba ya aturdido. Estas gentes—pensaba—hablan de injusticia, favores, miserias y canalladas con la boca, sin sentir ira, ni desprecio en el corazón. Esto es lo corriente, ya lo veo. Mi ini-



ALBUM EXTREMEÑO.—Villanueva de la Serena (Badajoz). Castillo de Castelnovo. (Foto Olivenza)

cuo fracaso no escandaliza, no hay quien me compadezca con amor y se sienta ofendido por la infamia de que soy víctima... Y de pronto se presentó a su memoria la imagen de su hermano, el honrado administrador de la casa ducal de Alzora, de quien se separó con el alma llena de confiado orgullo, seca a toda efusión por sobra de ridículo y enfermizo amor propio, mientras el noble Juan le abrazaba con los ojos preñados de lágrimas y le decía con expresión de hondo cariño: —Aquí te hemos brindado con la dicha y la paz, y te queríamos atar con cadenas de amor... Corre, corre al fracaso: ojalá no llegue día en que suspires por lo que hoy desprecias.

Y el día era llegado. Aquel *dilettante* que en nada tenía fe y cuya alma estaba helada por el más corrosivo escepticismo, el crujir de sus fibras, maceradas por un nuevo y alevoso desengaño, empezó a sentir intensa exudación de ternura al recuerdo del palacio de Alzora en Villagrosa. El hermano amante, el hombre honrado y modesto que se llamaba Juan Morales, encarnaba el ideal de vida más puro para alcanzar la felicidad a que puede aspirarse en este mundo miserable, que mejor que valle de lágrimas debiera llamarse mar de cieno y sentina de iniquidades. El médico titular era quien había encauzado, como un sabio, su vida. En la familia, por medio de una mujer amante y buena; en la sociedad, con una profesión útil y honrosa, no en las ásperas batallas de un puesto de relumbrón o en una de tantas atalayas del podrido poder político, y menos, como Julián, en el servicio vacío de gentil hombre de Infante en pro de una pseudociencia, que no forma hombres y ciudadanos, sino dilettantes y pedantes. Ahora aquel aprecio de la fama madrileña le producía tedio, sus clamores le sonaban a retumba de oquedad insoportable. Vió lo mentiroso de sus lisonjas, lo pérfido de sus halagos, lo enervante de sus caricias, lo envenenado y mortífero de sus odios. La verdad, la paz, la dicha, estaban en aquel rincón extremeño, que albergaba un alma tan sana como la de Juan Morales, una mujer tan buena como Manuela, una muchacha tan adorable como Amparo. Allí se le esperaba con los brazos abiertos, sin envidias ni reproches. ¡Ay!, maldita la hora en que el demonio de la soberbia le hizo despreciar a aquella chiquilla de ojos claros y cabellos rubios, que en una tarde divina de primavera y en un jardín que encerraba las armonías serenas de lo poético e ideal, le ofrecía con timidez seductora un corazón sin mancilla. ¡A Villagrosa, a Villagrosa! Y en el retoñar de su alma, entumecida por una ciencia superficial y un necio orgullo, Julián Morales hacía su maleta, como si pudiera en seguida tomar el tren. Soñador siempre, se complacía con imaginar la alegría de su hermano y su cuñada y los rubores elocuentes de Amparo cuando le vieran en el viejo palacio ducal. ¡Qué necio había sido!

Pasó la noche en insomnio febril, más tarde se consumía de impaciencia, encajonado en el vagón, mirando sin ver el monótono paisaje, hasta que la aparición del primer encinar le evocó con energía poderosa la escena de su entrevista con Amparo en el jardín del duque Miguel Pedro. ¡Quién pudiera borrar el tiempo, aniquilar la

memoria de los sucesos pasados y tornar a aquel instante, de imponderable belleza, en que la linda niña le llamaba ingrato! Pero aún vivía para hacer un acto de contrición, una profesión de amor, en la que lo de menos serían las palabras, porque toda su alma se volcaría, como ola viajera para tender a los pies de aquella rubia gentil las espumas de sus sentimientos, que por dichas de ambos eran cálidas primicias ofrecidas a la mujer. Cuando descendió del tren en el apeadero de Villagrosa hubiera, como el bizarro monarca inglés, ofrecido un reino por un caballo; pero tuvo que conformarse con subir a un birlocho prehistórico, que arrastraba valetudinario macho romo, y al cabo de cuarenta minutos se apeaba a la puerta del vetusto palacio. Anochecía y el inmenso portalón estaba sombrío, tenebroso. Del pasadizo del jardín venía una corriente de aire húmedo y perfumado, y la ancha escalera de piedra de granito le pareció interminable y de áspera ascensión. Llamó a la puerta, sonaron pasos menudos y apareció el rostro gracioso de Manuela, quien lanzó un grito de sorpresa al reconocer a su cuñado. En seguida salió del comedor un chorro de más viva luz, y quinqué en mano se presentó Amparo, más bella aún envuelta en el cono luminoso. Detrás venía el bondadoso Juan y en último término un muchacho alto, bien parecido, de noble frente y mandíbulas de animal carnívoro, cuya fisonomía, que a primera vista parecía dura, dulcificaban unos ojos negros como aceitunas, que rebosaban pasión. Julián adivinó en él al novio de Amparo. Ya eran prometidos. Cuando al quedarse solos los cuatro le dieron al viajero la noticia, estaba prevenido contra toda emoción, y tuvo el heroísmo de felicitar a la novia, que le contestó con cierto tonillo de impertinente dejó agradeciéndole la enhorabuena.—¿Y tú?...

—Yo..., siempre fracasado; nunca me hacen justicia—contestó Julián ahogándose.

—Pues, ¿y el libro?...

—Inadvertido, como el anterior.

—Pero en las oposiciones...

—Preterido y expoliado... Sólo me falta antes de pegarme un tiro, que también aquí encuentre odio—dijo el pobre viajero con voz sorda, y al mirar a su hermano le vió con los ojos turbios, temblándole las mejillas y con los brazos abiertos. Estrecháronse con efusión y cuando Julián dominó su tierno abatimiento, se encontró con el semblante lloroso de su cuñada, que le contemplaba con indulgente cariño. La linda rubia a quien despreció y ahora tenía aposentada en el alma, estaba serena. En sus ojos de turquesa se leía compasión, hasta perdón; pero el alma de su dueña no asomaba en ellos y era prueba inequívoca de que tenía dueño.

VI

El jardín del duque Miguel Pedro no sufrió variación sensible en los dieciocho meses que duró la ausencia de Julián. Recorriólo éste, experimentando la punzada fina y sutilísima de ese remordimiento agudo cuando no podemos exculparnos ni en un ápice, aun abogan-

po lo más bajo de nuestro egoísmo; pero en lugar de abatirse, ni prorrumpir en execraciones inútiles, Julián Morales cogió una azada, cavó hondo junto al pilón de la fuente del Silfo, y arrancando del dedo anular de su mano izquierda un ancho cintillo de oro, después de darle vueltas contemplándolo, lo depositó en el hoyo y lo enterró concienzudamente. Lo había comprado en la plaza de España en Roma y hecho grabar en él, como divisa, el soberbio *non omnis moriar*. Sentó con el talón la tierra removida, sacó un cigarro y arrojó la primera bocanada de humo, murmurando con energía:

—Y ahora... ¡vida nueva!

DIEGO MARIA CREHUET



PENSAMIENTOS

Las mujeres que aman perdonan más fácilmente las grandes indiscreciones que las pequeñas infidelidades.

LA ROCHEFOUCAULD

La jovialidad es tan natural al hombre sano como el color de sus mejillas.

RUSKIN

He pasado por todas las condiciones, y después de una exacta reflexión sobre la vida no encuentro más que dos cosas que puedan hacerla feliz: la moderación en los deseos y un buen uso de la suerte.

SAINT-EVREMONT